jan en público de una infracción de las leyes de policía urbana, hagan gemir las prensas con el dictamen ó el «remitido,» y guarden «el impreso» como título glorioso, después de asombrarse de que no se haya desquiciado el mundo al conocerle. ¿Me va usted comprendiendo mejor, amigo Casallena?

—Perfectamente, señor y amigo de toda mi consideración y respeto; pero si tan racional y recomendable es el consejo que usted me da para curarme de mis males, ¿por qué no le utiliza usted para curarse de los suyos, que tienen la misma procedencia?

—Porque no lo hice cuando era tiempo de hacerlo: hoy, comenzando á envejecer y encenagado ya en el vicio, no tengo fuerzas para desarraigarle ni tiempo para empeñarme en ello. Además, por cuestión de esos cuatro días más ó menos que me quedan, ¿á qué cambiar de postura? Prefiero pasarlos de borrachera en borrachera, hasta morir, como el beodo del cuento, abrazado á la cuba de mis amores. Y con esto dejémoslo, que es peor meneallo; y siquiera para demostrarme que quiere usted poner en práctica mi consejo, mire usted hacia afuera y recree los ojos un instante en ese ramilletito que pasa. Cuatro son las flores, ¡y qué bizarras! ¿Quiénes son ellas? Quiero decir, dos de ellas, porque á las otras dos ya las conozco, así como á la señora que las acompaña.

Volvióse todo ojos Casallena, después de afirmar sus lentes sobre la nariz, y respondió, alargando mucho el cuello hacia el ramillete, como si intentara olerle:

—Las dos desconocidas son forasteras: crema fina de Madrid.

—Vamos, de esa que usted canta cuando pulsa la lira de los salones... ¡y ese sí que es vicio feo!

Sonrióse Casallena como si tomara el dicho por una de las *cosas* compasibles de su interlocutor, y díjole:

—¿Volvemos al ramillete?

—Con mucho gusto; y digo á ese propósito que me han parecido mejor que las dos madrileñas, las otras dos de acá que las acompañaban... porque, ó yo no he visto bien, ó eran las de Brezales. Parece mentira que sean hijas de tal padre... buena persona en el fondo, eso sí; pero de un corte de todos los demonios. La morena es cosa superior: tiene una cara de enigma tebano, que se la doy al más valiente.

—Sobre todo, de una temporadita acá,—apuntó maliciosamente Casallena.

—¡Hola, hola! Conque de una temporadita acá... ¿Y qué enfermedad es ella, señor doctor?

—Pensé que usted la conocía, y por eso aventuré la observación.

—Le juro á usted que no sé palabra.

—¿Es usted de fiar?

—¡Hombre! ¿Esas tenemos ahora?... ¡Tras de las intimidades que nos hemos confiado?

—Es que la dolencia de que se trata no es del cuadro patológico de las nuestras.

—Tanto mejor para conocida.

—Le aseguro á usted que si no mienten mis informes, y son el Evangelio, hay en el caso para un comienzo de novela.

—¡Para un comienzo de novela! ¡Y se lo callaba usted! ¡Ni que anduvieran tiradas por los suelos esas cosas!

—¿Ve usted cómo no resulta hombre de fiar? ¡Si conoceré yo á las gentes!

—Señor de Casallena, tentador de apetitos contrariados: ¡el caso, ó la vida!

—¡Canario! ¿Es seria la intimación?

—Á muerte.

—Pues siendo así, no vacilo en la elección. Entrego el caso. Oiga usted lo que se dice, y es la pura verdad...

Pero no pasó de aquí la historia, porque aparecieron delante de los dos interlocutores, y en el vano de la puerta del café, hasta tres amigos de ambos, concurrentes infalibles á la mesa á aquellas horas. Mozos eran los tres, y, año arriba, año abajo, de la edad de Casallena. Soldados de una misma legión, también tenían su correspondiente nombre de guerra, por el cual eran bien conocidos; porque hay que advertir que Casallena no se llamaba así ni en los registros civiles ni en los libros parroquiales. Juntos peleaban á menudo en el revuelto campo de las letras; y aunque bisoños los cuatro, habían ganado ya lauros que los hacían bien merecedores del entusiasmo con que luchaban por ellos, en el vagar que les dejaban

las tareas de sus deberes profesionales. Dicho sea en honra suya, eran, con sus no muy viriles frontispicios, desgarbados por la insulsa indumentaria que imponían las leyes de la *crema elegante*, una ejemplar excepción entre muchos de sus *congéneres:* esa juventud frívola que se conforma con vestir á la última moda y *caer bien* en los salones de tono, y tienen en poco á los que saben algo de más jugo que eso. Los tres saludaron al hombre de la cara hosca, de los lentes de oro y de las barbas grises, con un apelativo más cariñoso que puesto en razón, y fueron correspondidos con sendos y cordiales apretones de manos. El más mozo de los cuatro amigos, y, por ende, de los tres recién llegados, *Juan Fernández* de mote, era la encarnación palmaria de la alegría descuidada y bulliciosa. Hablaba á voces y se reía á carcajada seca; atestaba sus ocurrencias de equívocos chispeantes, y con el sombrero en la coronilla, las manos acá y allá, las piernas como las manos, los grises ojos retozones y la voz desembarazada y resonante, remataba sus vehementes períodos con citas atinadísimas de personajes estrafalarios ó de autoridades de gran nota. Escribía mucho y con frecuencia; y con ser tan hablador, aún corría más su pluma que su palabra. Pero, por una de esas incongruencias fenomenales en que se complace á menudo la naturaleza, este mozo, tan regocijado y tan ligero en su trato familiar, tan chancero y risotón, no escribía jamás en broma. Dábale el naipe por los asuntos serios, y era un

dogmatizador de todos los diantres y un crítico de los más hondos.

Pues este tal, picando en muchos puntos á la vez y metiéndolos todos á barato, entre restregones de pies, crujidos de la banqueta y disparos de carcajadas, tuvo la culpa de que á Casallena se le olvidase, cuajada en la misma punta de su lengua, la historia que había prometido al señor de la cara hosca. Pero no era éste de los que renuncian fácilmente á satisfacer los antojos de la curiosidad, cuando les muerde de veras; y en aquella ocasión le mordía de firme por lo visto, pues apenas hubo pasado lo más recio y estruendoso de aquel coreado palabreo, encaróse con Casallena y le dijo:

—Venga ahora eso que iba usted á contarme cuando entró esta gentezuela.

Pero también esta vez se le atascó la historia en la garganta, y fué causa de ello la presencia de un nuevo personaje que se acercaba entonces á la mesa desde el fondo del café.

Mozo era también, como los otros cuatro; pálido, más que algo pálido; miope, afilado de faz y no muy medrado de cuerpo. Andaba con lentitud y sin hacer ruido con los pies. Llevaba entre los dientes una pipa de *espuma*, á medio *culotar*, y en la pipa un disforme tabaco con sortija; los brazos muy pegados al tronco, y las manos en los bolsillos del pantalón; el espinazo bastante encorvado, y el cuello muy erguido, por lo cual lo primero que se veía, y más chocaba en él, eran dos cosas: la cruz

que formaba su puro descomedido encalabrinado en la pipa, con la línea horizontal de su fino bigote, y el centelleo de sus lentes, heridos de plano por la luz. Vestía y calzaba según los cánones más rigorosos de la moda reinante, y era limpio y atildado de pies á cabeza en persona y en arreo. Los que sólo le conocían de verle en público tal como queda descrito, le tomaban por el prototipo del gomoso insubstancial y petulante, y abominaban de él. Después de tratado á fondo y de conocer sus gustos y su *correa* para conllevar impávido contrariedades y achaques que á otros hombres más fuertes los ponen á morir, se convenía en que era mozo de raro temple; cuando estos datos se sumaban con su estilo descarnado y lacónico y con ciertas y bien comprobadas genialidades, resultaba un carácter, cosa que no abunda en los tiempos que corren, y menos en los mozos que se usan; y, por último, después de añadir á esta ya respetable suma la cuenta que daba de lo que había visto, y sentido y observado en sus largos y extraños viajes, llegaba á confesar el más duro de convencerse, que en aquel cuerpo endeble había también un alma de artista. Y no quedaba otro remedio que estimarle muy de veras y añadirle á la suma de los pocos que, á su edad, son dignos de que les estrechen la mano los no muchos hombres ya maduros que no se corrigen del pecado de creer y proclamar que hay trabajos y aficiones que, aunque producen menos, ennoblecen mucho más que el trabajo y el instinto del buey; sin que esto quiera de-

10479.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cir que los trabajos de esta índole no sean útiles y honrosos, cuando son limpios. Pero ya que tanto se ha ensalzado á la hormiga, justo es que alguien se atreva, de vez en cuando, á declarar lo que tiene de bueno la pobre cigarra.

Llegó el joven á la mesa; saludó en pocas palabras y con suma cortesía; fué muy cariñosamente recibido; sentóse sin hacer ruido al lado del señor de las barbas grises y la cara hosca, que se la puso bien risueña, por cierto; quitóse de la boca la pipa para frotarla un ratito con su pañuelo y pedir al camarero, que se le acercó, una bebida helada; volvió á pulso la pipa á su boca, y se dispuso á oir en absoluto mutismo y con estóica tranquilidad, lo que en aquel concurso se debatiera ó se murmurara.

No se sabe á ciencia cierta si Casallena, después de saludar á su amigo, estuvo dispuesto á cumplir su compromiso empeñado con el señor de enfrente: lo que no tiene duda es que este señor, apenas vió que ahumaba ya la pipa del joven recién venido, se encaró con Casallena otra vez, y le dijo, rebosando la impaciencia en sus palabras:

—Vamos, continúe usted ahora, ó, mejor dicho, comience usted con mil demonios. ¿Qué es lo que le pasa «de una temporadita acá» á la chica mayor de?...

Indudablemente estaba de malas aquel asunto tan apetecido por la curiosidad del interpelante, porque ni siquiera le fué dado á éste terminar su interpelación. Impidióselo un su amigo y coetáneo

que se plantificó de golpe y porrazo, como llovido de las nubes, delante de la mesa por el lado de la calle. El cual amigo, aunque de aire *decente*, no era alto ni muy derecho, ni elegante en el sentido que dan á esta palabra los fieles vasallos de la moda: en su ropaje, aunque de buena calidad, había abusos de tijera por resabios y manías de *otros tiempos*. Su cara, de buen color, era aguileña; su gesto habitual, de pimienta con vinagre; el corvo pico de su nariz le partía en dos porciones iguales el entrecano bigote, y le caían hacia los hombros, enrarecidas y lacias, unas patillas grises que habían sido en otra edad tupidas, negras y lustrosas. Estaba en muy buenas carnes, y eran contadas las personas que, al llamarle, anteponían el *don* á su nombre de pila, Fabio. Para todo el mundo era Fabio López; y nada más puesto en razón tratándose de un hombre como él, que era un talego de *cosas*, sempiterno *mozo disponible*, y con un espíritu, cuando estaba *de buenas*, juvenil y brioso como en los tiempos primaverales de sus campañas universitarias.

Llegando, pues, este sujeto como él llegaba de ordinario á aquel sitio y otros tales, hablando á voces y encajando en cada frase media docena de interjecciones crudas, entre mordisco y chupada á su cigarro sempiterno y de los peores, increpó de este modo á los cinco mozos de la tertulia, casi al mismo tiempo que arrancaba con los dientes el tercio superior de su tabaco, que parecía un hisopo:

—¿Qué canastos hacéis aquí vosotros, pollos in-

vernizos, mientras andan por ahí afuera esas mujeres tan guapas, muertas de necesidad? ¡Reconcho, qué morena! Cada día me parece mejor. Ahí arriba me he topado con ella. ¡Canastos, qué ojos tiene, y qué despachaderas en el gesto! Esas, esas son, reconcomio, lo que hay que apetecer: las que á mí me gustan; las bravías; que haya que cogerlas á lazo y sujetarlas con acial. ¿No es verdad, compañero? (su coetáneo). ¡Canastos, qué mujer esa!... Verdad que á usted ya le tienen estas cosas sin cuidado... ¡Si fuera usted un pobre huérfano desamparado como yo!... Y tú, Casallena de los demonios, ¿para cuándo guardas las coplas finas y el ponerte tristón y languiducho? De seguro, para lavar la cara á las cursis de Madrid, como las que iban con ellas... Con ellas he dicho, porque, canastos... ¡mira que la hermana, en su clase de rubia garapiñada!... Te digo que debe ser una pura guindilla... Hombre, tú, que eres médico, y á propósito de estos delicados particulares, ¿cómo me explicas ese fenómeno... fisiológico?... ¿Cómo de un padre tan feo y tan bruto, pueden resultar dos hijas tan guapas? ¡Canastos, qué morena!... Córrete un poco allá, Picolomini, mal jurista, que hoy necesito yo mucho espacio y mucho viento... y mucha fragancia marina, como decís los poetas de regadío; muchas sales de... ¿de qué, Casallena? Porque resulta ahora que las aguas del mar abundan en sales de... en fin, de esas que vienen á respirar los escrofulosos de Zamarramala, engañados por los de tu oficio. Pues de esas sales necesito yo

también ahora, ó del aire que las trae, que no es lo mismo; y además... ¡Casaa!... ¡Así llaman los de Becerril al mozo del café!... ¡Concho, qué brutos!... Tráete un vaso de agua con azucarillo; y por si acaso está muy fría, tráete también la botella de coñac para echarla unas gotas. Pues sí, señor: la trigueñita esa, es cosa de verse de cerca. ¿Usted, compañero, ya ha tomado su uvita para amortiguar las neuralgias? ¡Canastos! en otros tiempos se curaba usted las murrias que le partían, con canutillos á pasto... ¡Eso sí! arrojando siempre la punta de ellos, con cara de asco, como si los tragara á la fuerza, cuando lo hacía porque no llegaba la crema hasta allí. ¡La hipocresía de la gula!... por la falta de creencias. Ahora, todo lo malo que se hace es por la falta de creencias. ¡Canastos con la falta de creencias! Ya estoy yo de esas faltas hasta la coronilla... Para eso, el pobre Casallena no se ha tomado, contando por los indicios visibles y los antecedentes que se le conocen, más que un chocolate con media arroba de tostadas fritas, dos platillos de pasteles y una copa de Jerez. ¡Ángel de Dios!... Pero, hombre, éste siquiera tiene la franqueza de su voracidad: se come hasta las migajas, y lame las paredes del pocillo. Lo peor es que, para lo que te luce... Y ¿dónde habéis dejado al gomoso de mi otro sobrino? ese *sportman* platónico, quiero decir, sin caballo ni esperanzas de tenerle... casi lo propio que el amigo que le ha pegado esos vicios y no tiene más cabalgadura que una pollina casera. En octubre la

manda á estudiar á los montes de su lugar, y en junio se la traen pelechando. Pues apuesto una desazón á que ese sobrino mío está esperando en casa el perfumado billete de la última condesa de Madrid que se ha prendado de él, sólo con verle pasar por enfrente de sus balcones. ¡Canastos con los tenorios anodinos que se gastan ahora!... Por supuesto, también por la falta de creencias... ¡todo por la falta de creencias!... Pues volviendo á la rubia, quiero decir, á la otra, porque yo prefiero, pero con mucho, ¡con muchísimo! á la morena... ¿qué demonios me han contado á mí de esa real moza, ahora que me acuerdo? Pues yo algo sé... por supuesto, de lo limpio... Y después de todo, á mí ¿qué canastos me importa? Agua que no has de beber... Pero conste que su padre no se la merece, ¿no es verdad, muchachos?... Ni tampoco ninguno de vosotros, con franqueza, aunque la modestia ó la necesidad, os haga creer cosa muy distinta... Esa mujer debió haber nacido en mis tiempos, cuando los elegantes no andábamos, como los de hoy, en babuchas y de corto y apretado por la calle, como niños zangolotinos... ¡Reconcho, qué raza y qué modas!...

Y así sucesivamente: los amigos del preopinante escuchaban á veces riéndose, y á veces temblando de miedo, á que entre aquel encadenamiento de ocurrencias fulminantes, expelidas á voces, estallara á lo mejor una claridad que resonara demasiado en los ámbitos del café, que iba colmándose poco á poco de concurrentes; pero no pudieron meter baza por ningún resquicio del monólogo. El alud los arrollaba siempre, hasta que entrando en escena nuevos contertulios, este pintor, aquel periodista, el otro estudiante y el recomendado de más allá, la tormenta fué calmándose, y se encauzó la murmuración... haciéndose más extensa.

En esto se andaba, cuando se plantó delante de todos, en la acera inmediata, el mismísimo señor de los Brezales, como él se firmaba, ó Brezales á secas, como le llamaba todo el mundo. Ya se ha dicho de este sujeto que era el tipo de la vulgaridad enriquecida; y aquí se confirma el aserto, con la añadidura de que era así, no sólo en conjunto, sino en cada uno de sus pormenores físicos y morales: vulgar de pelo, y de orejas, y de pies, y de bigotes, y de espaldas, y de ojos, y de ropa... vulgar, en fin, hasta en la manera de atreverse á ser chancero y gracioso, ó solemne y profundo, según los casos, entre gentes *de poco más ó menos*, con la osadía que da á los hombres de escaso meollo la posesión del dinero atropado con la escobilla del atril. Gentes de poco más ó menos eran para él las de la mesa; y por serlo, se anunció á ellas con el registro chancero en esta forma:

—¿Á quién se despelleja hoy aquí, señores del plumeo?

—Precisamente á usted y á toda su casta,—respondió López con la velocidad y la fuerza del rayo.

El señor de los Brezales soltó una carcajada.

Pura broma, para corresponder á la del otro. Porque toda aprensión podía entrar en su cabeza, menos la de que fuera, en ningún caso, materia despellejable un hombre tan rico y tan *serio* como él, y que, además, se carteaba íntimamente con un «estadista» de los más sonados.

—¡Ah, pícaros, *beneméritos* de una cárcel!—añadió á la carcajada.

—En cambio—replicó el implacable López,—á otros, con menos títulos, los creerá usted *merecedores* de la patria... y así va el mundo chapucero...

—¡Oh, qué buenas cosas tiene este don Fabio!—dijo Brezales volviendo á reirse, pero sin caer en la cuenta de que *merecedor* no significaba lo mismo que *benemérito;* y luégo, cambiando de tono y de actitud, prosiguió:—Vamos á ver, caballeritos: yo ando reclutando gente, y á eso he venido aquí.

—Y ¿para qué es la recluta?—le preguntaron.

—Para la junta de ahora mismo—respondió.—¡Pues me gusta la ocurrencia! ¿No han visto ustedes la convocatoria en *El Océano* de esta mañana?

Nadie de los presentes se había enterado de ella.

—¡Ésta es más gorda!—añadió Brezales verdaderamente asombrado.—Son ustedes, si mis noticias no fallan, los que escriben ese papel, y ahora resulta que no saben lo que en él se dice. ¡Así anda ello!

—Pero ¿de qué junta se trata, mi señor don Roque?—preguntó Casallena con su voz suave y acompasada.

—De una extraordinaria—respondió *solemnizándose* un poquito el interpelado,—que va á celebrar dentro de media hora la *Alianza mercantil é industrial...*

—*Para el fomento*—interrumpió Casallena,—*y desarrollo de los intereses locales...* Ya recuerdo el título.

—*Y de la cría caballar*—añadió Fabio López á media voz; y luégo volviéndose á Brezales y soltándola toda, le preguntó:—Y ¿qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Por si lo tienen me he acercado aquí—respondió el buen hombre.—¿Ninguno de ustedes es socio?

—¡Qué canastos hemos de ser?—exclamó el otro.—Esa sociedad es de hombres de mucho pelo, y ésta que usted ve aquí es gente de escasa pluma.

—Pues es de lamentar—dijo Brezales,—porque convendría que los que *redaztan* papeles concurrieran allá para pintar las cosas tal y como son en sí, y no salirnos luégo con un *sinfundio* por fiarse demasiado del *relate* de otro.

—Pero ¿tan importante va á ser lo que allí se ventile?—le preguntaron.

—¡Importantísimo!—respondió Brezales acabando de solemnizarse y de erguirse.—¡Muy importante! Se van á presentar á la discusión de la Junta tres proyectos *maníficos*. Los conozco bien, por-

que se me han consultado repetidas veces. He tenido ese honor.

—¿Y de quién son, si puede saberse?—preguntó el coetáneo de Fabio López.

—¿Pues de quién han de ser, canastos?—exclamó éste, revolviéndose mucho sobre la banqueta:—de *Joaquinito Rodajas*. Apostaría las narices.

—Pues se quedaría usted sin ellas—replicó el candoroso Brezales,—porque los proyectos no son de ese caballero, á quien no tengo el gusto de conocer, sino de otro que, por cierto, no es estimado aquí en todo lo que vale... porque somos así; pero que vale mucho, ¡muchísimo! ¡Oh, qué gran muchacho! Jamás le pagará la población la mitad de lo que le debe.

—¿Y no se puede saber quién es esa segunda Providencia que nos ha caído de lo alto?—preguntó el de los lentes de oro y la cara hosca.

—Joaquinito Rodajas, hombre: ya se lo tengo dicho,—respondió su coetáneo, poniéndose hasta de mal humor.

—Y yo vuelvo á repetir—dijo midiendo las sílabas el sencillote Brezales,—que padece usted una equivocación, señor don Fabio. No son de ese los proyectos; y en penitencia de la terquedad de usted y del poco aprecio que hacen todos ustedes de estas cosas tan interesantes para el fomento y desarrollo de los intereses locales, ni les digo ahora á qué se *confieren* los proyectos, ni el nombre de su autor. Cuanto más, que mañana se sabrá todo por los papeles públicos. Y con esto me voy, porque ya irá á empezar aquello, y hay que dar ejemplo de puntualidad... Si por caso ven ustedes algún socio de *La Alianza*, háganme el favor de arrearle para allá de mi parte... Con la *tonía* y la pachorra de estas gentes, no se puede atar con arte cosa que valga dos cominos. Adiós, señores.

Y se fué, y le cortaron un nuevo sayo los de la mesa; y como ya comenzaban los sirvientes á encender los mecheros del café, señal de que también estarían encendiéndose las luminarias del ferial, espectáculo que no perdía nunca el amigo y coetáneo del hombre de la cara hosca, y á éste le iba pareciendo demasiado fresco el ambiente que se colaba por la puerta abierta, marcháronse también los dos antiguos camaradas, apretándose el uno los ijares de vez en cuando, y taciturno y avinagrado el otro, indefectible término y paradero inmediato de las mayores alegrías de aquel singular temperamento.